

Espinosa García, L. (2007). 1. Recordando a Telesforo Bravo. En Afonso-Carrillo, J. (Ed.), *Reflexiones sobre una naturaleza en constante evolución*. pp. 9-31. Actas de la II Semana Científica Telesforo Bravo. Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. ISBN: 978-84-611-8957-1.

1. Recordando a Telesforo Bravo

Luis Espinosa García

Licenciado en Medicina, Puerto de la Cruz.

Intentaré en pocas palabras explicar como era el Telesforo Bravo que yo conocí, su vertiente de hombre corriente, no tratando de introducirme en el Telesforo científico, en el geólogo de fama mundial o en el profundo conocedor de la Macaronesia que otras personas ya han tratado y glosado en abundancia. Intentaré transmitirles las vivencias y anécdotas de los casi sesenta años que estuvimos en contacto, una faceta de Telesforo quizá poco conocida pero que habla de la gran persona que fue.

La vieja playa del Puerto, junto al Charco de la Soga, es donde mi memoria sitúa por primera vez al Profesor. Eran los años cuarenta del pasado siglo. La gente más o menos joven de la época recogía el musgo (ahora diríamos algas) de la orilla y lo amontonaba algunos metros más arriba. Fiscalizaba la operación un jovencito Telesforo Bravo. Luego, en algunas ocasiones nos llevaba de paseo por los acantilados, bajo la fuente de Martiánez, por veredas inexistentes, a veces atravesando charcos o brazos de mar a nado, llegando hasta el barranco de La Arena. Laja de la Sal, La Fuente, Cueva de los Guanches, Cueva de las Palomas, etc., son los nombres que rememoro.

Sobre la cueva de Las Palomas oí, años después, un comentario de Telesforo, cuando ya estaba terminada la llamada Carretera del Este: “No me gusta pasar por esa carretera, porque algún día cederá el techo de la Cueva“. Cuando paso por allí en coche me suelo acordar del viejo profesor y realizo, in mente, un acto de apostasía, diciendo para mí que, en este caso, estaba equivocado.



La playa de Martiánez, junto al charco de la sogá, es donde, allá por los años cuarenta, mis recuerdos sitúan por primera vez al profesor Bravo.

Nuestra vida en Madrid

A finales de los años cuarenta, exactamente en el 1947, nos reunimos en Madrid tres portuenses: Gustavo Reimers, Luis Espinosa y Telesforo Bravo, y Enrique Talg, un suizo nacido en Vigo y con corazón canario. Telesforo era, fue entonces, una especie de padre putativo, tutor, amigo y compañero nuestro. Él tenía 34 años, yo acababa de cumplir los 17. Esa compañía duró cuatro años y pienso que nos dejó a todos una impronta especial, que creo, perdura en cada uno de nosotros. Nunca le vi enfadado, jamás nos gritó o hizo demostración física de su fortaleza (siempre fue un buen atleta); simplemente nos enseñó con el ejemplo. Recuerdo una ocasión en que me reprimió por haberme reído de una señora que se había caído dentro de un charco de agua helada en plena calle de San Bernardo. Fue una lección que no he olvidado. No hay que reírse de las desgracias ajenas, por fútiles que parezcan.

Mi opinión, si de algo vale, es que jamás mentía. Era fiel a sus convicciones y honrado con los demás y consigo mismo. Si el tiempo era bueno, en cuanto llegaba a la pensión (fueron muchas las que conocimos) se ponía el pijama y se colocaba ante la mesa a estudiar, a dibujar (nunca he visto mejores anatomías de piojos o pulgas que las pintadas por él en sus



En algunas ocasiones Telesforo Bravo nos llevaba de paseo por los acantilados de Martiánez, por debajo de La Fuente por veredas inexistentes, incluso atravesando charcos o brazos de mar a nado. Así llegábamos hasta Laja de la Sal (a) o la Cueva de las Palomas (b), sobre la que se asienta la carretera actual.



Recuerdos de Madrid en 1948. Arriba, en la Casa de Campo. Abajo, Telesforo, el autor y el Dr. Celestino González.

cuadernos de apuntes) o a liar unos apestosos cigarrillos obtenidos de unos paquetitos cuadrados de picadura donde, con cierta frecuencia, aparecía el tronco de un nogal o de un castaño. Muchos años después lo que evoco es el olor a melaza de su tabaco de pipa.

Cuando hacía frío llegaba hasta el extremo de introducirse dentro de un ropero cerrando tras él la puerta, previa colocación de una bombilla con largo cable en el interior de este especial cubículo. Hubo quien opinó por ello que estaba medio loco. Pienso que, en realidad, era todo lo contrario. Un hombre práctico y lógico por excelencia, que encontraba un sistema apropiado para no pasar frío. Y a estudiar. Que yo recuerde jamás fue al cine o al teatro. Sólo en una ocasión le vi leyendo un libro que nada tenía que ver con sus estudios; hasta recuerdo que trataba de los Borgia. Claro que nuestra economía, su economía, no era ni siquiera economía. Tenía una beca de 300 pesetas al mes y la ayuda, inconmensurable, de su familia (sobre todo de su esposa y de su suegro).

Son muchos los momentos vividos con Telesforo. Recuerdo unas Navidades en que salimos los dos para reconocer unos terrenos geológicos a orillas del Manzanares que tenía interés en estudiar *in situ*. Dieron las dos de la tarde y había que regresar o nos quedábamos sin comida. Llegados al metro más cercano no pudimos reunir, entre ambos, los céntimos precisos para el viaje. Obviamente la vuelta tuvo lugar a pie, atravesando prácticamente el Madrid de entonces, desde Vallecas a Argüelles donde residíamos.

No pasábamos hambre, pero nos quedábamos con ganas de comer. No por vieja menos cierta la frase de Telesforo al terminar el almuerzo o la cena: *“Bueno, como aperitivo no ha estado mal, ahora que nos traigan la comida de verdad”*. Y que yo sepa, siempre gozó de un magnífico apetito y más de una vez me viene a la mente la imagen de su esposa, Asunción, diciéndole que dejara ya de comer. Fue la época de las cartillas de racionamiento, incluso para el tabaco (o lo que se llamaba así). El padre de uno de los del grupo, Gustavo Reimers, nos aprovisionaba de plátanos. Nuestras familias nos enviaban paquetes con gofio. Asunción le remitía a su marido botes de leche condensada convertida en dulce o una especie de bombones que debían de llevar 1.000 calorías por mm³. El gofio nos venía de maravilla, sobre todo cuando la comida era caldosa (legumbres, platos de cuchara); entonces añadíamos unas buenas cucharadas de la harina canaria para aumentar la consistencia del alimento y tener la sensación de quedar saciados. Se repartía lo que teníamos, pero nuestras edades exigían algo más.

Pese a todo, nunca le vimos de mal humor. Siempre nos levantaba el ánimo con su sonrisa socarrona y sus frases en latín macarrónico. O se metía con los chanclos de Enrique Talg. Su sueño era profundo, desgraciadamente..., porque también lo eran sus ronquidos. Y durante más

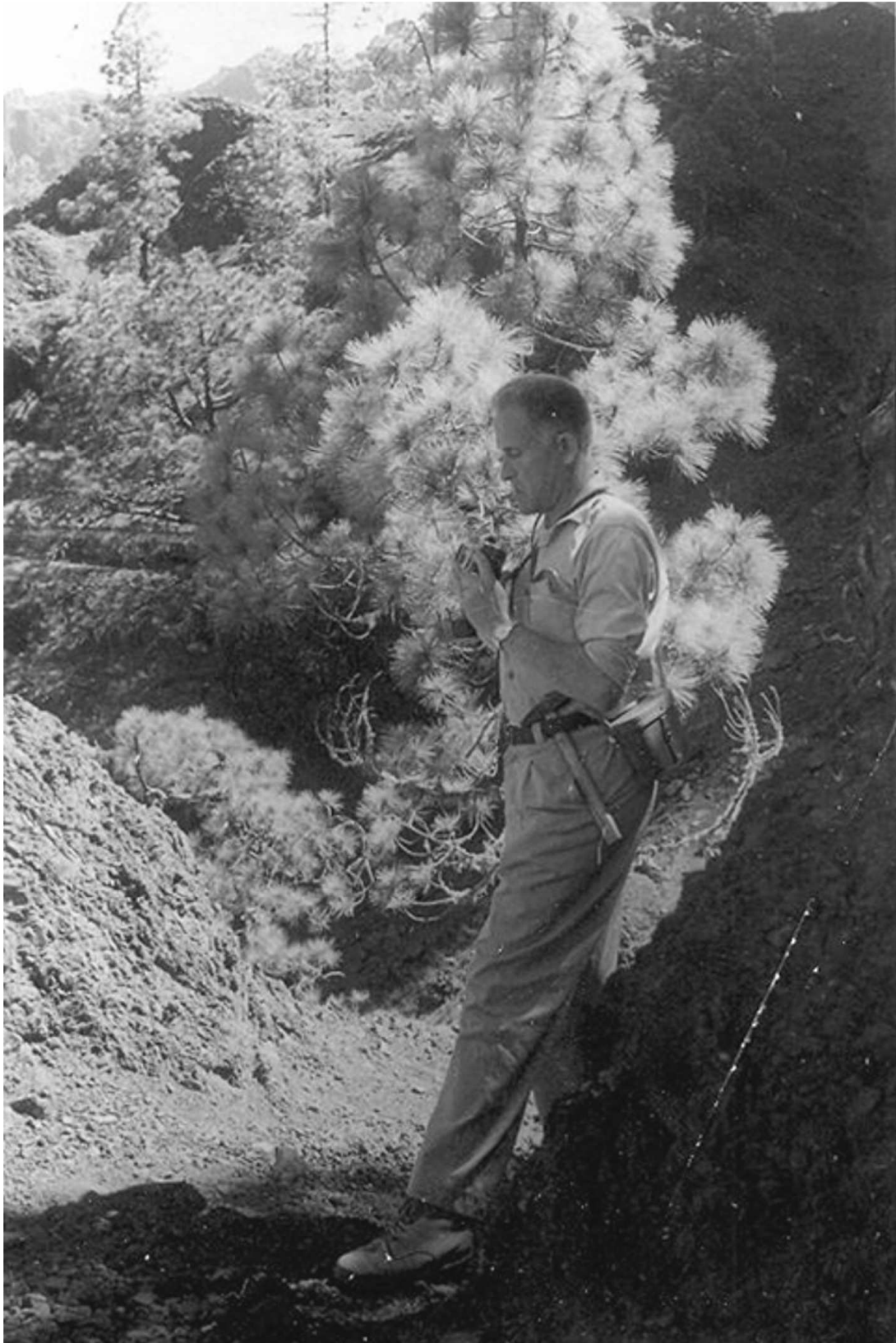
de dos años compartimos habitación. Sus cartas a la familia, largas y prolijas (supongo), en un papel cebolla muy fino para que cupiesen más folios en cada sobre era otro espectáculo a contemplar varias veces en semana.

Nos ayudó de todas formas. Con su ejemplo, como ya he dicho, pero también en otras situaciones. Cuando enfermábamos, si necesitábamos un consejo sobre un término químico, o unos datos de biología o fisiología. Y hablaba sobre temas que para los pipiolos que estaban a su lado eran nuevos o falsamente entendidos. Safo de Lesbos, Las Mil y Una Noches traducidas por Vicente Blasco Ibáñez, el sitio de Madrid durante la Guerra Civil, los lagartos descubiertos por él mismo en las islas, etc.

Años después he oído comentarios de algunos que fueron sus alumnos en la universidad, en los cuales el profesor Bravo no era muy bueno enseñando. No puedo hablar del tema con conocimiento de causa, pero puedo asegurar que para este insignificante mortal las charlas que nos daba eran maná del cielo. Y, bastante después, cuando salimos a patear juntos algún sendero de montaña, por donde yo había pasado veinte veces, este mismo sendero, con las explicaciones de ‘Bravé’, como algunos le llamaron, me resultaba mucho más ameno y totalmente distinto al que recordaba. Una noche también, diez años después de estar juntos en Madrid, durmiendo (es un decir) en una cueva en las laderas de Pico Viejo, me despertaron unas voces. Era Telesforo explicando a otro compañero de viaje las maravillas de los agujeros negros, de las novas y de las galaxias en general. No dormí, pero gocé en silencio de su conferencia a las cuatro de la madrugada.

Estos cuatro años juntos dan para muchos recuerdos, ninguno malo si estaba Telesforo. Y a todos nos llamaba la atención su tesón, su voluntad, su profunda integración en lo que estaba haciendo. Y tenía mujer y dos hijos a dos mil kilómetros de distancia, en unos años en que se pasaba los nueve meses del curso en la capital de España. Hay quien podría opinar que era un terrible egoísta, dejando a su familia “abandonada” nueve meses al año para dedicarse a su eterna ilusión: Las Ciencias Naturales y, específicamente, la Geología. Como suele decirse “de fuentes bien informadas”, sé que en sus cartas había de todo menos egoísmo.

En aquella época nada era fácil. Los viajes a casa duraban cuatro días, tres de barco y uno de tren. Catorce horas metido en un vagón de segunda o de tercera, donde el principal protagonista era la carbonilla. Y los barcos no eran precisamente yates de lujo; se movían como poseídos del mal de San Vito. Afortunadamente, no todo iba a ser malo, pues siempre fue un magnífico marino y nunca se mareaba. Y esto trae otro recuerdo: En una falúa junto a los Roques de Iguala, en La Gomera, con el mar bastante movido, y él riéndose de la cara de susto que en aquellos momentos debía de tener yo.



Con su inseparable cámara fotográfica, Telesforo se prepara para obtener una imagen en La Cumbrecita (La Palma) en 1960.



Telesforo poseía un envidiable sentido del humor que transmitía a los que le rodeaban. Junto a su gran amigo, el fotógrafo portuense Imeldo Bello Baeza, con el que compartió su pasión por la naturaleza y la fotografía, posan 'doblegados' por la fuerza del viento en Chasogo (1960).



En las Navidades de 1960 a 1961 pasamos unos diez o doce días en El Portillo con Telesforo y su hijo Jesús, durante los cuales realizamos paseos en cada jornada. Arriba, Telesforo, Jesús e Imeldo en El Portillo. Abajo, Telesforo y Jesús en La Cañada de la Pilas.

Una tarde, en la pensión Viena, en la calle entonces llamada García Morato (antes y después fue y es Santa Engracia) apareció Telesforo con aquella cara socarrona difícil de olvidar para indicarnos que la dueña de la pensión, una austriaca judía ya mayorcita que estudiaba Medicina, le había indicado a él, como el hombre mayor del grupo y, lógicamente, el más sesudo, que nos explicase a los más jóvenes que estábamos jugando con nuestras vidas al ducharnos con tanta frecuencia...

Caminando por el Archipiélago

Por circunstancias de eso que llamamos “la vida”, le perdí de vista durante varios años. Él anduvo por lo que entonces se llamaba Persia no sé cuánto tiempo, hasta que, de nuevo, coincidimos en nuestro pueblo natal. Y volvimos a caminar juntos por este archipiélago, con gran contento por mi parte.

En 1960 le acompañé en lo que fue mi segunda visita a La Palma. Nombres como La Galga, Barranco de Nogales o Roque de Teleguía enriquecieron mi conocimiento de la Isla. Precisamente en este último roque descubrió Telesforo unos grabados guanches que no estaban descritos en libro alguno. Estuvimos durante tres días pateando la Caldera de Taburiente, de donde salimos por un canal con agua que bordeaba cortes impresionantes. Para menguar el miedo de su mujer, el profesor me tendió una vara de caminante que cogimos por ambos extremos haciendo una especie de barandilla improvisada a la que se agarraba Asunción. De nuevo su ironía asomó en un comentario: *“Menos mal que Toribio, el guía, nos anima a caminar por estos lugares”*. Lo que solía decir el tal Toribio eran frases como: *“Por aquí se cayó un burro y no se encontró ni el rabo”* o *“Un derrumbe el año pasado arrasó esta ladera y todo lo que encontró a su paso”*.

Ese mismo año realizó una acampada (que se repitió en más ocasiones) en la Cañada del Cedro. Otras veces me llamaba para que le acompañara a visitar una galería de agua, si bien en estos casos prefería esperarle fuera, pues sus estancias bajo tierra duraban horas y eso, a mí, no me hacía mucha gracia. Con cierta frecuencia buscaba cerámica guanche y en una ocasión nos hizo una demostración que no olvidaré. Estábamos sentados en medio de la nada, en una colada de lava y, de pronto, dijo: *“Allí hay un cacharro guanche”*, señalando un grupo de rocas a unos sesenta metros. Se levantó, se dirigió al lugar indicado y, tras escarbar un rato, sacó una pieza aborígen en magnífico estado de conservación. Luego nos explicó que bastaba observar y darse cuenta de qué rocas no estaban puestas naturalmente y cuáles sí. He pasado muchos años en Las Cañadas y las he recorrido mirando *“las piedras no colocadas naturalmente”*. Jamás he hallado un trozo de cerámica guanche. En su caso se trataba de unas grandes



Telesforo y Jesús examinando los restos del globo sonda del observatorio de Izaña (arriba), o tomando diferentes muestras de piedras (abajo), en el Llano de Maja en enero de 1961.

dotes de observación, experiencia y algo más que los dioses no suelen prodigar a los humanos, la chispa del genio.

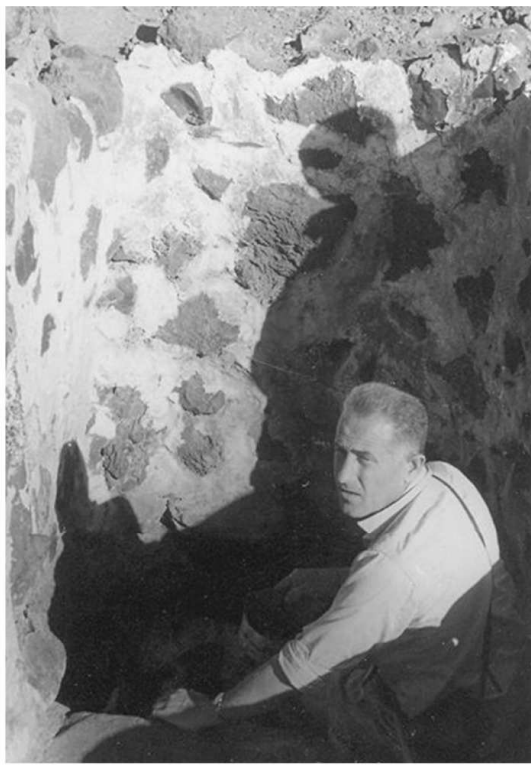
Igualmente he sido testigo de cómo el chorro de agua prometido a los 43 metros (es un ejemplo), de cavar un pozo, salía a los 43 metros pronosticados por él. Puede ser algo fácil, matemático, que no tiene posibilidad de error, pero insisto en que Telesforo era un fuera de serie en su especialidad. Tal vez no sea objetivo, le tenía en gran aprecio, así que tendrán que perdonarme si me paso. También, por oposición, creo que era inmodesto, pero qué gran hombre no tiene sus defectillos...

Recordando, recordando, hemos llegado a las Navidades de 1960 a 1961. Con su hijo Jesús en el Portillo. Pasamos unos diez o doce días realizando paseos cada jornada. Pateando el Llano de Maja, encontramos un globo sonda proveniente del cercano Observatorio de Izaña. Nuestro guía y jefe lo recogió y, posteriormente, lo devolvió a su lugar de origen indicando las particularidades climáticas del día que fue hallado (presión atmosférica, temperatura ambiente, dirección del viento, etc.); acción por la que recibió una carta de agradecimiento por parte del Observatorio. Si todos hicieran lo mismo, las cosas funcionarían mejor, le aseguraron en aquella misiva.

Pienso que éste es uno de los detalles que definen a este hombre. Y podríamos continuar con una y mil anécdotas por el estilo. Cuántas veces comenzaba la expedición con un morral vacío y llegaba lleno de piedras cada una de las cuales, como si estuviese *herida*, recibía un vendaje de esparadrapo donde escribía los datos pertinentes de dónde la había tomado, la fecha y no recuerdo si algo más. No hace mucho, tal vez ocho o diez años, caminando por la Montaña Rajada encontré una piedra, con esparadrapo incluido, lo cual, aunque parezca una tontería, me llenó de emoción.

Nos enseñaba sin darnos cuenta. Su vena docente aparecía siempre. Enseñaba divirtiéndose, como en un juego de niños, para entretenernos: *“Mira, esto es un cristal monoclínico de augita; y esta una planta que se llama serrátula; ¿ves esta otra planta?, es la Nepeta y ha debido sufrir una mutación pues normalmente es violeta y ésta es blanca”*. Y al mismo tiempo nos indicaba las especies que estaban en peligro de extinción o donde se localizaban los especímenes que estaban en mayor riesgo. Si bien nunca dijo dónde había visto unas matas de la citada serrátula que no fuesen las del llano de Maja... Por si alguien se iba de la lengua.

Conducía mal. No era exactamente un as del volante y su coche o jeep era un instrumento de trabajo como la lupa o el martillo. Le recuerdo por una pista que bordea el circo de Las Cañadas, por arriba. En cierto momento pasó por encima de unos pedruscos y rompió el cárter. A trancas y barrancas regresamos al Portillo, empujando, bajando en punto muerto por las pendientes y echando, de vez en cuando, aceite de una lata que llevaba de repuesto. Ese día habíamos quedado para comer a las dos de la tarde y



Recuerdos con Telesforo por los senderos de las islas. En Pico Viejo, abril 1961 (arriba, izquierda). En el Pozo de Aguda (arriba derecha). Abajo, en La Gomera (noviembre 1961).



Telesforo, tercero por la derecha, con un numeroso grupo de ilustres portuenses. Abril 1961.



La familia de Telesforo junto con sus amigos en Las Cañadas, agosto 1961 (arriba).
Reponiendo fuerzas en Montaña del Cedro, febrero 1962 (abajo).



En Montaña del Cedro, 1962 (arriba izquierda). Con el autor en Los Roques, 1964 (arriba derecha). Telesforo inspecciona los espacios entre grandes piedras en busca de restos de cerámica aborigen (abajo).



En una celebración del Instituto de Estudios Hispánicos en 1966, a la izquierda de la presidenta Ana Lola Borges.

llegamos a las cuatro. Pero, insisto, nunca perdía el buen humor y los problemillas los convertía en motivos de guasa.

Conocí La Gomera, por primera vez, de su mano. Y con su hermano Ventura recorrimos gran parte de la isla que, entonces, carecía prácticamente de carreteras. Los desplazamientos se hacían por mar y luego, al llegar a puerto, a caminar se ha dicho. En unos charcos le vi coger un pulpo enganchado en el mango de su inseparable martillo de geólogo, demostrando que el instrumento valía para algo más que para romper piedras.

En cierta ocasión, en El Hierro, pasamos también unos días. Con él fuimos Isidoro Sánchez, su gran amigo Imeldo Bello Baeza, Celestino Padrón y algunos más. Dentro del grupo venía un gran amigo mío, al que no quiero citar por su nombre, que no conocía a Telesforo más que por referencias: que era el catedrático de petrología de La Laguna, que era un sabio, etc. Y en la primera ocasión, mientras caminábamos por El Golfo, cerca del pueblo de Frontera, se acercó al Profesor y le preguntó qué piedra era aquella. Telesforo sacó la lupa, observó el espécimen, lo estudió y emitió su dictamen. “*Gracias, don Telesforo*“, dijo el neófito. La escena se repitió dos veces más durante la excursión. Antes de que volviese a preguntar por cuarta vez, Telesforo se inclinó, cogió un pedrusco y se



En una relajada conversación con sus amigos Celestino Padrón, Telesforo Domínguez y el autor, en El Portillo (1972).

dirigió al preguntón: “¿A que no sabes que es esto?”. “No, don Telesforo ¿Qué es?”, dijo todo entusiasmado al ver que todo un sabio se preocupaba por sus conocimientos geológicos. “Pues está muy claro”, concluyó Telesforo, “una polla guanche momificada”. Sin comentarios. Lógicamente, no hubo más preguntas.

Últimos recuerdos

Yo pasaba con cierta frecuencia por su casa, casi siempre para que me hablase de lugares o zonas que teníamos la intención de explorar. O de dónde quedaba la galería X o el Barranco Y. Casi siempre, la conversación derivaba hacia donde él había estado últimamente. Y entonces, sacaba unas diapositivas maravillosas y, durante un tiempo, me olvidaba del mundo circundante para oír las explicaciones del maestro y ver las bellezas que había captado con su máquina fotográfica. El archipiélago Chinijo, las islas Salvajes, las Azores o la más modesta Caldera de Bandama, tomaban un aspecto muy particular mientras él disertaba sobre los diversos temas que aparecían en las imágenes. Todo esto solía suceder en una habitación atiborrada de piedras de todo tipo y color, y de estanterías más abarrotadas



Imágenes de la excursión que con Telesforo hicieron a El Hierro Isidoro Sánchez, Imeldo Bello, Celestino Padrón, el autor y algunos más, en febrero de 1968.



Telesforo provisto de una tiza realiza unas marcas sobre las rocas que está estudiando en Pico Viejo, Las Cañadas (1970).



Telesforo con su pipa y su cámara fotográfica, en Pico Viejo (1970), configuran una de las imágenes más características del profesor.



En enero de 1992 acompañamos a Telesforo en un paseo por Los Carrizales (arriba), y finalizamos la excursión comiendo en El Palmar (abajo). Fue la última vez que paseamos juntos por los trillos y caminos de las islas.

aún de libros y revistas científicas. Y siempre con su uniforme de faena: el pijama.

A principios de 1992 le acompañamos en un paseo por Los Carrizales, fuente de Abache y barranco de Juan López. Terminamos comiendo en El Palmar. Esa fue la última vez que paseamos por los trillos y caminos de las islas. Aunque seguimos viéndonos con cierta frecuencia, fue más bien en eventos sociales. Las clásicas bodas, o los no menos clásicos bautizos. En una ocasión nos reunimos los tres mosqueteros (que fueron cuatro), por obra y gracia de Enrique Talg, en la boda de una hija de este último. Y volvimos a rememorar los años madrileños.

Días después de escribir este último párrafo recibí la triste noticia de la muerte de Enrique. Espero que, junto con el ‘profe’, esté recorriendo los senderos del Cielo. Y junto a ellos Juan Coello.

A Telesforo Bravo lo nombro muy a menudo. Estas páginas son un pequeño homenaje a un hombre al que admiré y sigo admirando.